

Alerce

Año 5, N° 48, Agosto de 2018. Director: David Hevia

Del llanto a la risa, o lo cómico en la literatura chilena de la transición

Por Omar Alarcón Román

Simultánea a los acuerdos políticos que fueron pactándose antes, durante y después del plebiscito de mil novecientos ochenta y ocho, la denominada “Nueva Narrativa Chilena” pareció decir, entre las actitudes displicentes de sus exponentes, que naturalmente existía una parte de la sociedad que sospechaba de esos acuerdos. Un número importante de obras —algunas con masivas ventas— logró comentar, criticar, denunciar o aceptar la denominada “Transición chilena a la democracia”, al menos desde un punto de vista literario o artístico. Entre estéticas nostálgicas de tiempos previos al golpe militar y la experiencia de haber crecido, como generación, en dictadura, autores en parte jóvenes declararon ser capaces de escribir originalmente, desmarcándose (dicho así, de tal manera¹) de la tradición previa. Podían dedicarse, sin deber, a escribir lo que quisieran.

Una salvedad. Si bien no existe una *literatura chilena de la transición* propiamente dicha, se propondrá el término para considerar con él a toda obra literaria (narrativa, es cierto) chilena publicada desde mil novecientos ochenta y nueve en adelante, hasta el día actual, incluyendo temáticamente a las de la mencionada “Nueva Narrativa”².

Los escritores y las escritoras de la “Nueva Narrativa”, decíamos, golpearon con el puño la mesa y dijeron no: “no más tacitas de té en compañía de los viejos maestros”³. Algunos, liberados, se sentaron a escribir sobre ellos. Otros, en cambio, escribieron sobre sí mismos o sus contemporáneos: gente chilena que se adecuaba bien o mal a la década final del siglo. Detectaron que la famosa alegría por venir cargaba una ironía parecida al chiste en los mostradores de negocios a lo largo y ancho del país: “hoy no se fía, mañana sí”, y produjeron cuentos y novelas que retrataron de formas distintas, con estilos diferentes, las reacciones al chiste: desazón o desconcierto, llanto o risa. Dichos cuentos y novelas (de autores como Alberto Fuguet, Gonzalo Contreras, Pablo Azócar, Ana María del Río o Carlos Franz, entre otros) no se diferencian, en tal sentido, de los producidos de forma posterior y que resultan más difíciles de catalogar o encasillar bajo una denominación unificadora. Ignacio Echevarría, crítico español, ha acudido a respaldar la denominación “literatura de los hijos”, visibilizando la existencia de una generación de escritores y escritoras recientes que comparten como problemática el ser hijos e hijas literales o metafóricos de algo impreciso, asociable, en la mayoría de los casos, a nociones como autoridad militar o época dictatorial. Novelas de escritoras y escritores como Nona Fernández, Alejandro Zambra, Alejandra Costamagna, Lina Meruane o Diego Zúñiga son, a su estilo, obras que funcionan como reacción al chiste, esta vez pareciendo asimilar que la famosa alegría, tan prometida, “no llegó”.

Como en el doble sentido de la frase cantada por padres y madres de esos hijos e hijas: *al final, la vida sigue igual*, esta *literatura chilena de la transición* ha extendido de forma sistemática —pues alegremente la producción narrativa no ha disminuido

con los años— la tarea de definir juicios y sentires de una sociedad enfrentada a una coyuntura histórica que ha tendido, al menos discursivamente, a caracterizarse como democrática, progresista y observadora del pasado nacional reciente y sus lecciones para el presente y el futuro. Tras el horror dictatorial y la censura cívica, artística y política, la vida debió continuar; tras el desengaño del proyecto concertacionista, poco es lo que parece haber cambiado. Tal malestar, tan palpable en las obras de la “Nueva Narrativa”, ha continuado desarrollándose (por no decir que ha sido legado) en las obras de “los hijos”, presentándonos personajes que exhiben la incomodidad compartida del desencanto.

Sin ir más lejos, ya en los años previos al cambio de siglo, el académico Rodrigo Cánovas identificó y expuso, en una charla titulada “La novela de la orfandad”⁴, atributos comunes dentro de una serie de novelas chilenas contemporáneas marcadas por el sentimiento o la experiencia del abandono, el resentimiento, la culpa como herencia y el desarraigo (entre otras consecuencias de esta orfandad) de sus personajes. Basta una asociación simple para vincular lo expuesto por Cánovas con el escenario posterior y actual, en la voz narrativa de otros, distintos (o bien, los mismos) hijos.

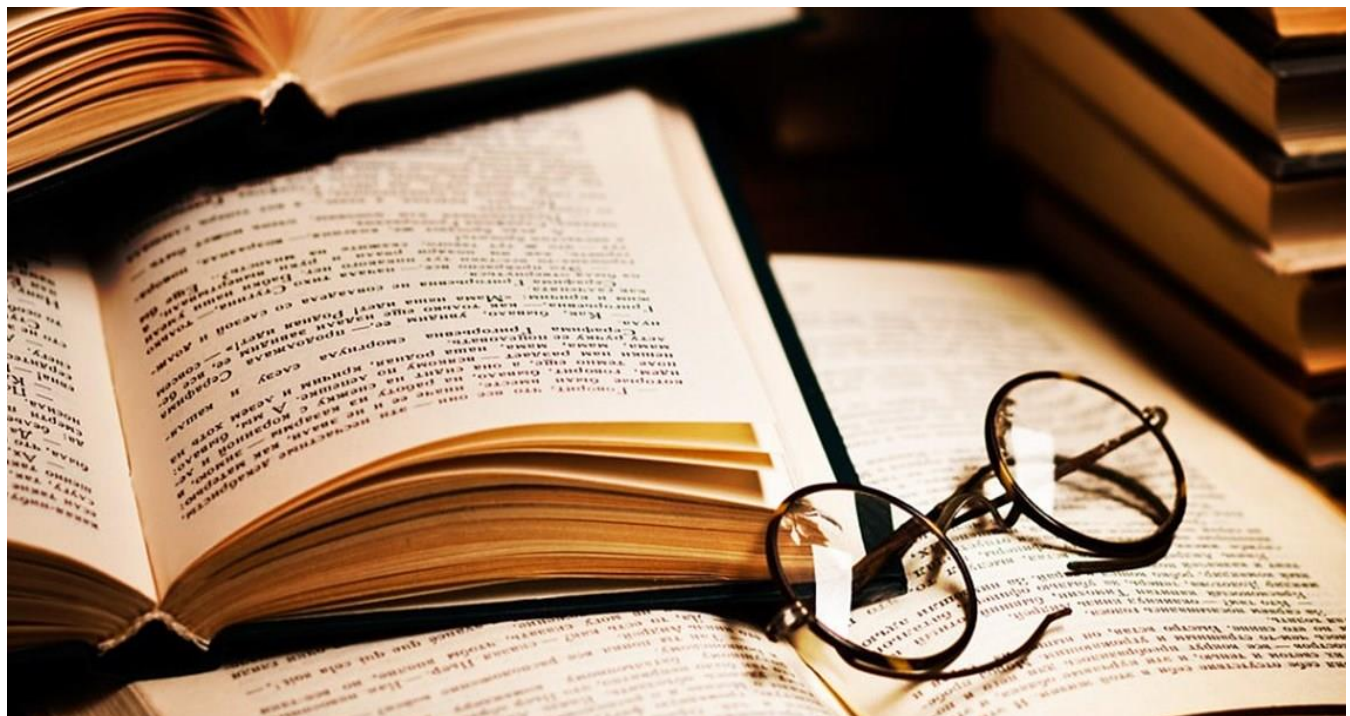
Han venido quejándose, lo sabemos. Legítimamente, por cierto. Y tomando en cuenta que también hemos reído, ¿qué espacio ha ocupado el humor en la literatura chilena contemporánea? Una serie de consideraciones salta al caso y es posible mencionar algunas de ellas. Primera, y apelando a una empatía histórica: el tiempo de lamentar, en Chile, no ha terminado. La influencia de la dictadura persistirá y se leerá en obras de autores todavía jóvenes. La cólera, el llanto, la impotencia, todo será contemporáneo mientras haya quien recuerde, de manera que dichas expresiones o emociones y sus manifestaciones no perderán vigencia artística, mucho menos literaria. Segunda: no debiésemos asociar un hipotético desarrollo potencial del humor en la literatura chilena con la insensibilidad de las generaciones nuevas ante la memoria trágica. Todo esto para decir que en cuanto emociones, el dolor y el placer son capaces de compartir expresión, de alternarse tal y como efectivamente lo hacen en la vida cotidiana. Podemos reír, en fin, incluso como acto terapéutico. Sin olvidarnos. Tercera: excluyendo al teatro, no parece existir, en la historia literaria chilena, una inclinación general hacia lo cómico, una prevalencia de obras o autores que logren afectar a un público masivo a través de la risa. Existen autoras y autores que han usado elementos de la parodia o la sátira y que han hecho así su contribución al asunto. Cuarta: podríamos perfectamente preguntarnos: ¿somos un país que da risa?, ¿puede, en definitiva,

darnos risa Chile? Y así sucesivamente.

Quedémonos, sin embargo, con la última de las consideraciones mencionadas. En su ensayo *La risa* (LOM, 2016), Henri Bergson propone tentativamente ciertas reglas que parecen subyacer a distintas expresiones humorísticas: leyes, podríamos decir, del comportamiento de lo cómico. Una de ellas, descrita como “uno de los procedimientos típicos de la comedia”, es la repetición. De Chile no es extraña, en tal sentido, la repetición histórica. No nos resultan ajenas aquellas políticas que se implementan una y otra vez, fracasando siempre, impulsadas por coaliciones y presidentes que se turnan el gobierno. Si seguimos a Bergson, hay en esta dinámica una posibilidad implícita de movernos de la indignación, por ejemplo, a la risa, volviendo potencialmente virtuoso al círculo vicioso trazado por izquierdas y derechas en estas décadas de transición. Porque si bien se ha intentado acabar con ella en base a ciertos hitos (la muerte de Augusto Pinochet en dos mil seis siendo uno significativo), jamás ha logrado asentarse en el discurso o el recuento político una nueva etapa o fase histórica discernible; es decir, no hemos descubierto hacia qué hemos transitado en lo concreto. No en vano hoy por hoy se ha intentado invocar una segunda transición. “*Al final —todos—, la vida sigue igual*”.

Por otro lado, el “efecto bola de nieve” (*Ibid.*, 2016) —una situación cuya intensidad crece hasta hacerla estallar o volver a un estado inicial— incita a imaginar una acumulación de eventos que, repitiéndose o no, obtienen resultados cómicos. La presencia actual de narradoras cuya producción ya no se ve limitada, por ser anacrónica, a una denominación de subgénero o *género femenino*, ha parecido enriquecer de forma notoria el repertorio literario chileno, distanciándose de autores que insisten en las consecuencias de su orfandad. En novelas y cuentos como los de Paulina Flores, Valeria Barahona y Arelis Uribe, personajes interpretan la acumulación de eventos personales o sociales de formas menos conciliadoras, siendo capaces de reaccionar emocionalmente distinto al ver la bola de nieve estrellándose contra un muro. Estas obras, incorporadas a un canon literario contemporáneo de corte mixto, no agotan las posibilidades del humor en la literatura chilena actual, pero sí logran corroborar, sin ser estricta o necesariamente cómicas, que existe un espacio para la risa en ella.

Bien observa Bergson que “seguido hablamos de nuestros sentimientos de placer y de pena como si surgieran ya maduros, como si cada uno de ellos no tuviera su historia”. ¿Se acabó la transición o, como el Hombre de la Transición de Plan Z⁵, continuamos *transiciendo*? Pronto la “Transición chilena a la democracia” podría terminar siendo la lenta recopilación de esos sentimientos, proceso asumido, en parte, por hijos e hijas que escriben y continuarán haciéndolo. Si evitamos una tercera transición, podremos recordar la primera, la segunda o la única que ha sido cuando sea historia. Cuando podamos verla así, cuando la leamos en retrospectiva y contemos que se han repetido en ella más farsas que tragedias, puede ser que nos dé más risa que tristeza.



¹ Véase *Casus Belli: Todo el poder para nosotros* (1992), columna de Jaime Collyer para la Revista Apsi. Disponible en: <http://letras.mysite.com/collyer1.htm>

² Conviene no perder de vista que una transición, en la literatura política, hace mención a un paso de un modo de producción a otro.

³ *Ibid.*

⁴ Esta charla fue parte del Seminario Nueva Narrativa Chilena, organizado por el Centro Cultural de España y auspiciado por el diario “La Época”, en 1997. La totalidad de las charlas fue recogida en un volumen publicado por la editorial chilena LOM.

⁵ Sketch titulado “El país de todos”.

POESÍA

Uva

Como uva me destrozo: es la ternura que no sé contener en mi frontera. Uva es mi cuerpo: todo es envoltura de la muerte que di cuando naciera.

Uva me asomo siempre en la espesura del nacimiento: a zarpas en la hoguera el miedo ha puesto un nudo en mi cintura y el llanto todo el frío que me fuera.

Toma en mi mano; piensa en esta hoja; de raíz a raíz grito en la roja sucesión de las uvas y semillas.

Me abro y me yergo sin saber si muero por uvas no seguirme, cuando espero salir muriendo en uvas las semillas.

Sé que me voy

Sé que me voy. Me voy retrocediendo como el salmón que vuelve cuna arriba. No alcancé nunca al mar, estando viva. No llegaré a las cumbres, falleciendo.

Sé que te vas, te vas y no queriendo: como una esponja amarga y fugitiva. Hasta el fondo del mar con tu saliva, sobre la arena rosa oscureciendo.

Sé que te vas de mí. Que nada queda: ni un rastro ni algún sauce que nos pueda llorar de bruces arañando el río.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo que aquel morir inmerso era lo mío. Y que me voy, te vas. Nos vamos yendo.

A un infierno de estrellas

A un infierno de estrellas han lanzado ese mar que enterrara su talento. Porque al siervo cobró su trigo el viento: crujiendo dientes rueda y condenado.

Yo, en un fruto lloroso me he salvado de maldición a higuera sin lamento; más retumba, como un inmenso viento, mi larga sangre en él, que está enclaustrado.

Bebe, hijo, de esa hiel. Mi honda, mi dura cruz eres, y te calca, y te asegura tu semilla de sangre sepultada.

Bebe, otra vez, y sal hacia la estrella del fruto aquel de maldición, de aquella que he sido en ti, cuando no soy en nada.

Despierten

No le culpen en pecho sino en roca. No le tomen el eco por latido. No es hijo: es un deshielo en que se esponja cima en que no cabía ya más frío.

No le hablen que la espiga tiene roja médula que las uvas ya palpitan, porque él viene de un mar, vértigo y boca donde la vida emerge y cae hundida.

No le canten: se acuerda de su siega, cuando un tallo cortó que estremecía. Que aliente al oír pasos en sus venas, pasos de vuelta a mar ya sin orillas.

No despierten las lluvias esa yesca de mi carne arrasada en un diluvio. Muera sin sed: por no beber se muera sin el agua culpable y sin el fruto.

Álamos

Al padre arrastro una lluvia igual que un pajar vaciado. Sin luna de sombra suya a tientas iban los álamos.

La lluvia que abre centenos Me segó el hijo envainado. Sobre su nieve cayeron las lágrimas de los álamos.

A mí, la que barre nieblas, dejó tirada en el campo. Sobre mi cara deshecha van galopando los álamos.

Altura

Ya muéveme tu paz, tu poder ábreme Torre: para que suba el firmamento. Quiero ver día limpio, sin la piedra que tropieza en sí misma: sin mi cuerpo.

Quiero huírle a la sangre en que me atrapo. Quiero el fango mirar desde tu orilla. Deja, sin tener que ir, hallar mis pasos; sin tener que llegar a estar perdida.

Señálame con niebla, hoja por hoja, la esperanza engarzada en el olvido. Señálame con sol, piedra por piedra, La soledad que nadie ha recogido.

Déjame en ti burlarme de mi noche porque ya no me siguen los barrancos: y perdonarme, al fin, y que me llore: sin tener que pisar sobre mis llantos.

Despedida

Dije adiós a una ventana pero dejé mi sombra adentro: por si un tanto has de morir.

Dejé el sillón besando el muro; y mi candado husmeando tu perfil. Por si, poco, has de vivir.

Esas playas

Qué será de esas playas. Tu arena perseguida por la imaginaria espuma de tu boca. Tu arena de apuestas perdidas y cáscaras rojas.

Lucía añejo el borroso horizonte. Tu sonrisa era apenas amapola amarilla. Las actinias flotaban con su anillo disuelto en secreción amarga. Qué será de esas salmueras con que tú, a ti, te perseguías.

Humeaba turbio el horizonte bajo la piel del aire, sobre la piel de nadie. El diluvio, el desierto, la esponja de los sauces, y tú, Novia, lloraban. Tú, tragándote y tragando la huella improbable que dejan las anguilas.

Qué será de ese oleaje En que buscabas y desaparecías. Y de las amapolas amarillas.

Rosa Cruchaga

Rosa Cruchaga. Dibujo de Andrés Sabella
Escríbenos a alerce@sech.cl

